

Los cambiantes discursos sobre la juventud

Pablo Cottet S.

ECO, Educación y Comunicaciones

Durante la última década hemos asistido a la proliferación de los discursos sobre lo juvenil. Los más variados valores y significados habitan las hablas oficiales y cotidianas. Son estos discursos los que están inscritos en los igualmente variados propósitos que presiden las acciones sociales.

El interés de describir y analizar estos discursos radica en comprender fenómenos sociales en los que se asume una participación significativa de los jóvenes. Dicho de otra forma, si queremos comprender fenómenos sociales en los que los jóvenes aparecen involucrados (como víctimas, protagonistas, etc.), debemos estudiar los espacios de habla que construyen esa misma realidad social.

La pregunta que anima esta exposición puede resumirse del siguiente modo: ¿Cuáles son los cambios principales de los discursos sociales que hablan de lo juvenil durante la última década, y cuáles son sus consecuencias fundamentales?

LOS DISCURSOS DE LO JUVENIL DURANTE TRES DECADAS

306

Como lo hemos afirmado anteriormente (Cottet & Galván 1993), los discursos acerca de lo juvenil se

han modificado en las últimas tres décadas. Si en los sesenta al hablar de jóvenes la imagen predominante era la del "joven universitario de la reforma", en los ochenta el habla predominante destaca el "joven poblador de la protesta". Hoy en día hablar de jóvenes significa "jóvenes genéricos problema".

Durante la década de los sesenta, la orientación que animaba al sistema político, instituciones académicas y organizaciones de la sociedad civil, era el "desarrollo". Orientaciones como "sustitución de importaciones", "industrialización", "promoción popular", ordenaban los discursos sociales, ya fuera en su edición "Alianza para el Progreso", "teoría de la dependencia", "teoría de la marginalidad" o "teoría de la revolución democrático-burguesa".

Asociada a tales sentidos de la época, alcanzaba madurez la orientación de los cincuenta: "Gobernar es Educar", y la expresión de la educación formal básica y media, junto a la demanda de calificación del trabajo, hacen posible y decible algo como "Universidad para todos".

La centralidad social de la educación, y en particular de la universitaria, estaba inscrita en cualquier intento por "desarrollar" el país. Repare-

mos, además, en que el país y Latinoamérica asistían a importantes procesos de fortalecimiento de identidades sociales estamentarias. La llamada "expansión de la clase media", y el auge de las aspiraciones mesocráticas, estaba acompañada de la irrupción social de una "cultura popular". En ambas esferas culturales, la universidad se constituía en un espacio significativo.

Para la cultura mesocrática, la universidad era el escalón obligado en la orientación de "movilidad social". "Ser alguien en la vida" exigía como requisito indiscutible "pasar" por la universidad. De la misma manera, fortalecer la cultura popular exigía "conquistar las universidades para el pueblo", modificando el carácter elitario y aristocrático que poseían.

El programa de la Reforma Universitaria representó la estrategia en que se organizaban y perfilaban —no sin contradicciones— estas aspiraciones. De allí que hablar de jóvenes era hablar primero de estudiantes, y luego de trabajadores.

Revisando documentos de Odeplan a inicios de la década de los setenta, las referencias a los jóvenes que el Estado debía atender específica que ellos se encuentran en tres actividades: los que estudian, los que trabajan y los que estudian y trabajan.

Fenómenos mundiales como el hippismo, el rock, la irrupción de los jóvenes en la política, dibujaban claramente lo juvenil como factor cultural del cambio. Nos parece que éste es un segundo rasgo al que debemos atender: los jóvenes como protagonistas de un cambio cultural.

Los setenta pueden ser definidos como la década de las dictaduras militares en América Latina, lo que impone un marcado sentido político a la vida social de nuestros pueblos. Al contrario de lo que generalmente se afirma, el autoritarismo y la elitización del poder bajo una administración de castigo y vigilancia le otorga centralidad a la política, más que "apolitizar" nuestra cultura: la política adquiere significación por ausencia, por la centralidad de la prohibición.

Junto a ello, el programa de "desarrollo" se aplicó con toda intensidad y extensión, ahora bajo lo que se ha denominado "modelo neoliberal". No es el caso extenderse aquí en sus características y consecuencias, pero sí considerar este aspecto para

la irrupción de una nueva imagen de los jóvenes en los ochenta.

Lo que algunos autores han denominado "patrón de acumulación concentrador y excluyente" modificó radicalmente las estructuras sociales, los grupos sociales y los imaginarios colectivos. Luego de la suspensión del desarrollo de la cultura popular y la disolución de la cultura mesocrática, la prohibición de la política comenzó a filtrar orientaciones que animaban el malestar de los sectores excluidos de la modernización autoritaria.

Las "protestas nacionales" constituyen un antecedente central en la vida social de los ochenta. Más allá de sus características, en ellas aparecían de manera notoria los jóvenes pobladores. Los jóvenes provenientes de aquellas familias que supieron lo que era la movilidad social en los sesenta, deben enfrentar en los ochenta la clausura de esa promesa.

El carácter de la participación juvenil en las protestas será revisado más adelante, por la relevancia que tiene para la configuración del prototipo de joven en los noventa, y el modo en que las ciencias sociales buscaron en este fenómeno. Por ahora retengamos tres rasgos que dan cuenta del cambio en el habla social de los jóvenes: se desvanece el discurso de la "promoción social" de los sesenta; los procesos de exclusión social reponen la política como eje de los conflictos de la más variada naturaleza; y los protagonistas de la acción política son los pobladores, particularmente los jóvenes.

Es decir, la sociedad participa de dos consensos: el del orden y el del cambio. Es tan radical la demarcación de estas posiciones, que las más distintas acciones juveniles se significaban en alguna de ellas.

Si en los sesenta los jóvenes en Chile (principalmente universitarios) aparecían como "protagonistas de un cambio cultural", en los ochenta la imagen predominante es la de "protagonistas de las protestas". Lo que para un consenso podían ser jóvenes "manipulados" y protagonistas del desorden y la subversión, para el otro significaba los protagonistas del "cambio democrático". En cualquier caso, notemos el registro político de los discursos.

LA APARICION DEL "JOVEN-PROBLEMA"

¿Cómo es que se llega a hablar en los noventa de jóvenes "apáticos", en "crisis moral", en "riesgo psicosocial"; de un "déficit de oportunidades"? Destacaremos dos factores que nos parecen centrales en esta nueva significación del "joven-problema".

Primero, el cambio en las coordenadas del discurso acerca del orden social. El orden social busca aparecer resuelto. De dos consensos en los sesenta, pasamos a un consenso en los noventa. Los límites y contenidos del orden se presentan definidos, y los conflictos en que aparecían inscritos los jóvenes, se elaboran en los noventa como desajustes por resolver. De los jóvenes se habla ahora como "acreedores de la deuda social", como población principalmente afectada por la exclusión social de una modernización devastadora y avasalladora. De allí que el modelo "crecimiento con equidad" considere a los jóvenes bajo la orientación de "integración". Notemos que el conflicto no radica en el orden social, ya que se trata de integrarlos a éste. Lo que en los ochenta significaban condiciones para el cambio del orden social, en los noventa significaba "desafíos para el crecimiento con equidad".

Segundo, en los ochenta se desarrolló una inédita y prolífica atención de las ciencias sociales por los jóvenes. Hemos dicho en otra parte (Cottet, Rodríguez & Seissus 1992) que las ciencias sociales inauguraron en el Chile de los ochenta la categoría de "jóvenes urbano-populares", descritos como sometidos a lo que se denominó "exclusión social". Ambas categorías permanecen en el análisis de lo juvenil y en las orientaciones de políticas sociales en los noventa.

Nos interesa relevar un aspecto en este sentido. Dos tipos de interpretaciones adquieren visibilidad. Por una parte, la interpretación de las acciones juveniles como manifestaciones de un movimiento social. La idea de sujeto social "nunca triunfante y nunca derrotado" de varios de los artículos de *Juventud chilena. Razones y subversiones* (Agurto, Canales & De la Maza 1985). Por otra, la interpretación de las acciones juveniles como manifestaciones de un cambio social propio de la moderni-

zación autoritaria, que verificaba en las conductas juveniles colectivas procesos de "anomia" que afectaban a la sociedad chilena. El estudio *La rebelión de los jóvenes* (Valenzuela 1986) es paradigmático en este sentido.

Si el sentido del orden social no tiene en los noventa la centralidad de los ochenta, no se "necesitan" movimientos sociales; se "necesita" igualar oportunidades, "integrar". Y en tal orientación, la lectura de la anomia social es pertinente. De allí que la mayor parte de las políticas sociales de los noventa dirigidas a los jóvenes esté fundada más en esta objetivación de los jóvenes, que en la de "movimientos sociales".

Esta segunda lectura la que entronca con la actual imagen del "joven-problema" que tanto problema a los más variados discursos sociales.

VOLVER A MIRAR PARA HABLAR DE LO JUVENIL

Nos parece que es necesario modificar la objetivación que los discursos sociales hacen de lo juvenil, y que ello es condición para persistir en las tareas de "democratización y desarrollo". Para ello queremos mencionar sumariamente dos aspectos que permitan buscar el desmontaje del habla que constituye al "joven-problema", más que reemplazarla por otra del "joven-promesa".

En primer lugar, las ciencias sociales requieren sacar las cuentas de la "reciente separación entre actor y sistema social" (Touraine 1989). Es decir, intentar búsquedas salvando la encrucijada que termina por objetivar a los jóvenes o como "actores sociales", o como "población en socialización". Ello porque el agotamiento de las premisas del "progreso" heredada de Las Luces desvanece la idea organicista del sistema social que evoluciona a estados superiores de civilización o "modernidad", y cuestiona las "leyes" que regulan y delimitan la vida social, a las que deben ajustarse los individuos. Al mismo tiempo, la noción de actor social (tan asociada a colectivo organizado) aparece más como "un deber ser" inscrito en un pensamiento crítico inspirado en un cambio social que tiene pendiente su puesta en escena.

Dos pistas nos parecen de utilidad en la búsqueda de las ciencias sociales respecto a lo juvenil:

- (a) La proposición de Touraine de estudiar la vida social atendiendo al conflicto por la gestión de la historicidad. Es decir, al estudio de aquellas acciones colectivas que se elevan "por encima de simples reivindicaciones y hasta de negociaciones políticas", en que el colectivo puede "reconocerse y afirmarse como productor antes que consumidor de la situación social", siendo "capaz de cuestionar esta situación en lugar de depender de ella" (Touraine 1989:66).
- (b) Siguiendo a Jesús Ibáñez (1979) en su intención por ir "más allá de la sociología", el intento de llegar a la realidad social a través de las hablas que la constituyen. Es decir, para comprender (más que para explicar y predecir) lo juvenil es necesario investigar sus discursos, en cuanto acciones colectivas que configuran relaciones sociales.

En segundo lugar, es necesario incidir y modificar los discursos oficiales de lo juvenil. En ello las orientaciones estatales deben ser puestas en discusión. El desplazamiento del discurso de la "promoción" por el de la "integración" suspende del conflicto acerca del sentido del orden social y niega las orientaciones culturales que animan las acciones sociales, entre ellas las de los jóvenes.

La orientación a la "integración" pone una frontera entre los que están dentro y fuera, pero no dice nada del contenido de ese "adentro". Tal frontera está demarcada por el acceso al consumo, al intercambio de bienes.

Se hace indispensable valorar las acciones juveniles como puesta en escena de sentidos sociales, y para ello las políticas dirigidas a ellas deben marcar menos el carácter de "individuo en tránsito a la madurez biológica, psicológica y social", y destacar más las oportunidades culturales que los jóvenes puedan otorgar a la democracia.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Agurto, I. M. Canales, G. de la Maza
1985 *Juventud chilena. Razones y subversiones*. Santiago: ECO-CIDE-SEPADE.
- Cottet, P. & L. Galván
1993 "Jóvenes: una conversación social por cambiar". *Cuadernos ECO*. Santiago, mayo.
- Cottet, P.; M. Rodríguez & D. Seissus
1992 "Informe de trabajo: Taller de Investigación de Juventud de los 90". *Documento Cepal*. Santiago, septiembre.
- Ibáñez, J.
1979 *Más allá de la sociología*. Madrid: Siglo XXI.
- Touraine, A.
1989 *El regreso del actor*. Buenos Aires: Eudeba.
- Valenzuela, E.
La rebelión de los jóvenes. Santiago: Ediciones SUR.